

El rostro que necesitamos ¹

LEÓN SIGIFREDO CIRO RÍOS (*)
FILO DE PALABRA / CS & P

“¿Cuál es la cara con que queremos ser reconocidos en el tercer milenio?”, se preguntó Gabriel García Márquez en la introducción al libro *Colombia: al filo de la oportunidad*. Esta pregunta, de importancia capital para todos los colombianos en cualesquiera de los campos de su actuación, debe estar asociada a otra de carácter universal: ¿Cuáles son los paradigmas sobre los que debe estructurarse la formación del ciudadano del siglo XXI?

“...Para el caso de Colombia, hay “acuñados unos esquemas morales” que se constituyen no sólo en una alternativa, sino sobre todo en una esperanza con fuerza aglutinante: la transformación de la intolerancia cotidiana por la tolerancia activa, dialógica...”

La respuesta a estas dos preguntas tiene que pasar por una mirada a las transformaciones del mundo actual en el terreno científico-tecnológico, en el terreno económico y en el terreno antropológico, fundamentalmente. Y por una mirada a las condiciones sociales, políticas y culturales en que se desenvuelve un país como

Colombia que ostenta primeros lugares en el concierto internacional en materias muy disímiles entre sí: es el primero en el mundo en producción natural de agua (en proporción al territorio), ocupa el tercer lugar en bio-diversidad, aporta cifras récord en muertes violentas, ostenta un deshonroso tercer lugar en corrupción, un segundo lugar en violación de derechos hu-

manos y, en contraste, según Manfred Max Neef (Premio Nobel Alternativo de Economía y autor de la teoría del *Desarrollo a escala humana*) de las diez personas más brillantes que él conoce en el mundo, cinco son oriundas de Colombia.

Estas cifras, casi todas, desde luego son discutibles, su verdad depende del interés con que se utilicen y se argumenten; no obstante, dan una idea de la manera como somos mirados más allá de nuestras fronteras. No en vano, las agencias internacionales de cooperación con Colombia tienen como prioridad la inversión

¹ Fragmento de un texto originalmente escrito para la Red de Personeros de Caldas.

(*) Docente catedrático Comunicación Social y Periodismo. Universidad de Manizales.

en iniciativas tendientes a preservar los derechos humanos y el medio ambiente.

Según Jürgen Habermas², “...a lo largo de la historia, la humanidad ha ido aprendiendo no sólo técnicamente, cosa que nadie discute, sino que ha ido aprendiendo también moralmente, de tal manera que nuestros esquemas cognitivos morales ya están acuñados.”

Para el caso de Colombia, hay “acuñados unos esquemas morales” que se constituyen no sólo en una alternativa, sino sobre todo en una esperanza con fuerza aglutinante: la transformación de la intolerancia cotidiana por la tolerancia activa, dialógica; la transformación práctica de la democracia representativa por la democracia participativa; la transformación del poder absoluto del Estado, por la decisión del destino colombiano con base en el consenso entre la sociedad civil y los poderes públicos del Estado.

Además de los aprendizajes técnicos y morales de que habla Habermas, generaciones anteriores legaron a las siguientes aprendizajes epistemológicos que muchas veces se constituyen en puntos de no retorno. Uno de ellos es que el conocimiento no es obra de individuos, sino de comuni-

dades; otro, que el avance de la ciencia y la tecnología surge de una profunda lectura del conocimiento disponible, de un gran espíritu creativo y de una persistente inversión económica; otro, que sólo quien accede a información, la preserva y la difunde, puede participar en la toma de decisiones que afectan a su vida personal y a su vida en comunidad, es decir, puede hacer parte activa de una democracia participativa; y otro, que la felicidad como principio y causa de la vida humana, no es posible alcanzarla si no nos anima una profunda “*voluntad de belleza y voluntad de justicia*”, como dijo alguna vez *Eduardo Galeano*.

Con estos antecedentes, nos aproximamos a la búsqueda de respuestas a los dos interrogantes que dan origen a este texto. La construcción colectiva del conocimiento con una inversión estatal o privada permanentes, la participación consensuada en la toma de decisiones, el trabajo en red, el espíritu creativo, la conciencia del otro en el ejercicio individual de la libertad y la búsqueda de la felicidad sin menoscabo de la justicia, pueden constituir los elementos distintivos del rostro con el que queremos ser mirados en el próximo milenio y los paradigmas sobre los que debemos estructurar la formación del ciudadano del siglo XXI.

² Citado por CORTINA, Adela y CONILL, Jesús. *Ética dialógica, educación y sociedad civil*. En: *Democracia participativa y sociedad civil*. Santafé de Bogotá. Fundación Social. Siglo del hombre editores. 1998. p. 12.

Sobre estos mojones, la sociedad colombiana en particular puede aspirar a transformar sus esquemas de moralidad actuales, los cuales hacen que los actos morales se estructuren sobre la base de la obediencia circunstancial y servil a intereses materiales (como una demostración del triunfo del positivismo a ultranza de *William James*: "todo lo real es útil"); por unos esquemas donde los actos morales se estructuren sobre la base de la obediencia teleológica a intereses emancipatorios, inspirados en el respeto al logos individual y colectivo.

Esta es la encrucijada en que nos encontramos los colombianos interesados en aportar a la erradicación de las difíciles condiciones de vida que afrontamos. Esa es siempre la encrucijada del pensamiento filosófico, según lo describió *Karl Jaspers*: "El origen de la filosofía es percatarse de la propia debilidad e impotencia."

Petita Maternitat, 1993
Obra de Xavier Franquesa

